

«hay pocos. Pero tambien estoy seguro de que el Altísimo, en gracia de mi peregrinacion, ha de abriros las entrañas de su misericordia, como ahora y siempre se lo pido con todo mi corazon.» Luego se separó de ellos, dejándoles afligidos y llorosos de verle ausentarse del monasterio para ir á la cruzada.

Desde allí, siempre en compañía de toda su familia, pasó el Duque á Schmalkalde, punto de reunion de los caballeros y demás que habian de seguirle á la Tierra Santa. Aquí era tambien donde debia despedirse de sus parientes, de su esposa y de cuantos llevaba en el corazon. En llegando tomó aparte á su hermano Enrique, y le dijo: «Con la ayuda de Dios he hecho cuanto pude para andar derecho por el camino de la salvacion de mi alma; de nada me remuerde la conciencia, como no sea de no haber todavia destruido, segun me lo dejó ordenado mi difunto padre, el castillo de Eyterburg levantado con perjuicio del vecino monasterio. Te encargo, pues, carísimo hermano, que no echés en olvido el arrancarlo hasta los cimientos en cuanto yo marche, pues esta será una obra meritoria para tu salvacion.»

Llegó por fin el dia de la Natividad de san Juan Bautista que era el designado para la partida, y fue necesario separarse. Rodeado de los caballeros que habian acudido desde los confines de sus dominios, estrechado por el pueblo que se apiñaba para ver por última vez á su querido Principe, iba Luis á consumir el sacrificio de arrancarse de los brazos y de la compañía de las personas que amaba. Principió por dar su bendicion á sus dos hermanos, anegados en llanto, recomendándoles el cuidado de su madre, de sus hijos y de su amada Isabel. Los niños le tiraban del vestido, le abrazaban llorosos y le decian adios en su infantil lenguaje: «Buenas noches, padre, muy buenas noches, padrecito, corazon de oro.» El Duque lloraba apretándolos amorosamente; y al volverse hácia Isabel, los sollozos y lágrimas le embargaron la voz de tal manera que no pudo articular palabra. Pasando entonces uno de los brazos al rededor de su cuello y estrechando con el otro á su madre, túvolas así apretadas contra el seno sin poder hablar, cubriéndolas los rostros de besos y de lágrimas por espacio de mas de media hora. Por fin rompió el silencio: «Madre amada,

«fuerza es que os abandone; quedan en mi lugar Conrado y Enrique; cudad de mi esposa, cuya angustia estais viendo.» Pero ni la madre ni la esposa querian desprenderse del objeto de su cariño, y cada una por su lado le tenian sujeto: sus hermanos y los caballeros estaban apiñados confusamente junto á aquel doloroso grupo. Latian de emocion todos los corazones, derramaban amargo llanto todos los ojos contemplando á aquel hijo tan piadoso, á aquel marido tan leal y tierno pugnando por desasirse de los brazos de aquellos dos seres, los mas amados del mundo, para irse á tan lejanas tierras á servir á Dios, exponiendo la vida á cada paso. El pueblo daba á conocer tambien su ruidoso y sincero sentimiento acompañando en el suyo á los príncipes y guerreros <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Mater tenens filium, uxorque maritum,  
In diversa pertrahunt et tenent invitum.  
Fratres cum militibus velut compeditum  
Stringunt...  
Erat in exercitu maximus tumultus,  
Cum carorum cernerent alterari vultus;  
Flebant pariter senex et adultus,  
Turbae cum militibus, cultus et incultus.

(Theod.).—Hay otros muchos pormenores en el manuscrito de Darmstadt.

El dolor de la partida no destrozaba solamente el pecho de la familia del Duque; habia tambien entre la turba de cruzados que debian acompañar al Duque muchos padres, maridos, hermanos que, como su señor, lloraban y se esforzaban en desasirse de su familia y sus amigos: parecia como que todos habian reservado para aquel sitio el momento de la cruel prueba; los de Turingia, de Hesse y de Sajonia estaban allí reunidos, tanto por su angustia como por el objeto de la expedicion. Sin un sobrenatural esfuerzo no podian romperse tantos vínculos; por todas partes sonaban gemidos y sollozos, ruidos sordos y confusos mezclados en una comun agonía <sup>1</sup>.

Mientras tanto habia muchos que, ó por tener mas imperio sobre sus sentimientos, ó porque ya habian anticipado el momento de la despedida, ó bien por carecer de familia y de vínculos que romper, estaban dominados, durante estas escenas so-

<sup>1</sup> Tot honestos nobiles, tam diversas gentes  
Cum Thuringis, Saxones illuc venientes,  
Ut videntes socios suos abscedentes...

Erat ibi tunc moestitudo maxima, luctus et plangitulus ingens, voces miserabiles, larga lacrymarum effusio cum rugitu anxio et clamore. (Theod.).

lemnes, por el carácter sagrado de la empresa que iban á acometer. Cruzados y peregrinos antes que nada, mientras los demás lloraban y gemian, ellos entonaron un himno en accion de gracias al Señor que se dignaba hacerles pelear por el honor de su santo nombre. Los acentos de estos cánticos de gratitud iban á mezclarse con los gritos del dolor y los gemidos que se oían por doquiera; viéndose así por un contraste sublime reunida la exaltacion del gozo, que inspira el amor divino, á la expansion de los íntimos dolores que este mismo amor sabe desafiar y vencer.

Cuando por fin pudo el Duque soltarse de los brazos de su madre, se vió como prisionero entre los caballeros que no eran de la expedicion, y el pueblo que tantas razones tenia para amarle: todos á porfia querian detenerle, abrazarle una y otra vez, tomarle la mano; tocar siquiera sus vestidos; mas él, sofocado de dolor, á nadie contestaba <sup>1</sup>. Solamente á fuerza de

<sup>1</sup> Amico luctamine cuncti certavere,  
Quis eum diutius posset retinere.  
Quidam collo brachiis, quidam inhaerere  
Vestibus; nec poterat cuiquam respondere.  
(Theod. *Vita Rhyt.*.)

brazos pudo abrirse camino para llegar á donde le guardaban el caballo; y entonces montando en él á toda prisa, se colocó en medio de los cruzados, y partió uniendo su voz á los cánticos sagrados repetidos en coro por ellos.

Todavía tenia á su lado á su carísima Isabel, quien no pudiendo resignarse á despedirse definitivamente de Luis al mismo tiempo que los demás, pudo conseguir acompañarle hasta la frontera de Turingia. Cabalgaban, pues, uno junto á otro con el corazon sumido en la tristeza: la Duquesa no sabiendo qué decir, no hacia mas que suspirar <sup>1</sup>. Cuando llegaron á la frontera todavía no tuvo valor de dejar al esposo, y continuó acompañándole una jornada mas de camino, y luego otra; porque el dolor y el amor la arrastraban á pesar suyo <sup>2</sup>. Al fin de esta segunda jornada declaró que no sabia si llegaria nunca á tener valor para

<sup>1</sup> Sequebatur non à longe, sed à prope corde moestissimo mulier fidelissima principem dulcissimum, amantissimum coniugem... (Theod.)

<sup>2</sup> Tunc reversuram vis amoris et separationis dolor retinuit, et ad iter unius diei progredi compulsi; sed nec ista suffecit progressio, processit adhuc discessionis impatiens, diei alterius iter complens. (Theod.)

separarse de Luis, ó si seguiria en su compañía hasta el cabo del viaje. Pero por último tuvo que ceder: el amor divino, fuerte como la muerte, venció en aquellos dos tiernos y nobles corazones el amor de la criatura <sup>1</sup>.

Llegóse al Duque su gran copero el señor de Varila, y le dijo: «Señor, ya es tiempo; pues que ello ha de suceder, dejad que la señora Duquesa se vuelva á su casa.» Oyendo estas palabras los dos esposos se deshicieron en llanto, se abrazaron palpitantes de angustia, despidiendo del pecho gemidos y suspiros tales que dejaron conmovidos á todos los presentes <sup>2</sup>. Entre tanto insistia el señor de Varila y trataba de separarlos; pero aquellas dos almas, que tan íntima y tiernamente se habian amado, se adherian mutuamente con invencible fuerza en aquel momento supremo. Por fin Luis, haciendo un esfuerzo sobrehumano, dió la señal de partir. Ense-

<sup>1</sup> Rupit tamen moras affectionis fortis ut mors dilectio Conditoris. (*Theod. ex Berth.*).

<sup>2</sup> Quis gemitus, quae suspiria, qui singultus, quae lacrymae, quis motus vel strepitus cordis, ubi tam importuna et vehemens scissio, etc. (*Theod. ex Berth.*).

ñando á la Duquesa el anillo que le servia de sello para las cartas reservadas y que llevaba puesto en el dedo, le dijo: «¡Isabel, hermana la mas querida! mira bien este anillo que me llevo y tiene grabado «sobre su zafiro el Cordero de Dios con una «bandera; él será para tí la señal cierta y «segura de todo lo concerniente á mi persona. El que se presente á tí con esta «sorpresa para decirte que estoy vivo ó muerto, «te dirá la verdad, y tú le creerás en todo <sup>1</sup>.» Luego añadió: «¡Bendígate el Señor, Isabelita, hermana querida, tesoro mio! «¡guarde nuestro fidelísimo Dios tu alma y «tu valor! ¡dígnese tambien bendecir al «hijo que llevas en tu seno! harémos de él, «cuando nazca, lo que ya tenemos convenido. ¡Adios! acuérdate siempre de nuestra comun vida, de nuestro tierno y santo amor; nunca me olvides en tus oraciones; no puedo mas... ¡adios!» Y dicho esto, salió dejando á Isabel en brazos de sus

<sup>1</sup> Segun el *Passional* y otros muchos autores, no llevó el anillo, sino que lo entregó á Isabel; ni la piedra era zafiro, sino un jacinto que tenia la propiedad de salirse del engarce y hacerse pedazos cuando sucedia alguna desgracia á la persona que le habia regalado.

doncellas y siguiéndole con la vista mucho tiempo hasta que medio muerta, deshecha en llanto y en medio de los lamentos de sus compañeras, se volvió para Wartbourg, con el presentimiento de que ya no volvería á ver mas á aquel esposo tan querido <sup>1</sup>.

Restituída á su triste mansion, se despojó al punto de su traje y adornos de princesa para vestirse en medio de su justísimo sentimiento el de viuda, que ya nunca había de quitarse <sup>2</sup>.

Un piadoso franciscano que escribió en tiempo de Luis XIV la vida de santa Isabel, dice: «Hoy que tan escasa y rara es la amistad verdadera entre casados, aun tratándose de personas al parecer piadosas... «quizás causará extrañeza tanto afecto y

<sup>1</sup> Esta interesante escena está representada entre las antiguas pinturas en madera de la iglesia de Marbourg con mucha sencillez y gracia.

<sup>2</sup> No puedo menos de hacer notar la gran semejanza y analogía entre la tierna despedida que acabo de describir y la que veinte años mas tarde tuvo el otro Luis, el santo Rey de Francia de este nombre, al salir tambien para la cruzada. Mr. P. Paris nos ha revelado la admirable relacion de este pasaje que se puede ver en la crónica de Reims, citada en el Romancero francés, y publicada por el hermano del expresado escritor.

«cariño hácia el esposo en una princesa tan «interior y austera.» No es mi intento copiar aquí la defensa que el buen religioso hace de este pasaje tan pronunciado y notable en la vida de nuestra Santa. Pudiérase decir de ella, lo que de María dice san Bernardo: «No os admireis, amados hermanos, de que María se llame mártir por «el corazón; pues para eso fuera menester «olvidarse de que san Pablo cuenta entre «los crímenes mas grandes de los gentiles «el ser hombres sin afectos.» (S. Bern. *Serm. de 12 stellis*). Bastará á mi propósito dejar sentado, segun los numerosos pormenores que he referido, que entre todas las almas coronadas con la gloria de la Iglesia, no hay una que hasta tal punto ofrezca el tipo de la *esposa*; ninguna que en tan alto grado haya realizado la idea que se puede formar de un matrimonio verdaderamente cristiano; ninguna que así haya ennoblecido y santificado un amor humano, ensalzándole tan alto en un corazón inundado por el amor de Dios.

Por lo demás, en estos siglos de emociones fuertes y puras, no era tan raro el espectáculo de la union entre las afecciones legítimas de la tierra y la piedad mas fer-

vorosa y austera. Seria una dulce y fecunda tarea (que tal vez emprenderé algun dia) la de demostrar cómo la fe santificaba y redoblaba al mismo tiempo en las edades católicas los sentimientos mas tiernos y apasionados del corazon humano; y de qué modo el amor, aun el puramente humano, inclinándose siempre ante la cruz del Salvador, se impregnaba de exaltacion y energía por medio de esa incesante victoria de la humildad cristiana contra el orgullo y el egoismo. Los sentimientos, quizás menos variados, extensos y refinados que hoy, eran entonces muy de otra manera profundos; y tan luego como la Religion imprimia en ellos el sello de su inmortalidad, resaltaba en los mismos no sé qué fuerza maravillosa é íntima, y una como transfiguracion inefable, donde venian á reunirse á la vez la calma de la duracion y la frescura de la inocencia, toda la energía de la pasion con toda la pureza y sencillez de la Religion. Cuantos conozcan los monumentos históricos y literarios de la edad media, apreciarán la verdad de este aserto: por cuya razon lo que caracteriza principalmente la vida moral é interior de esta época, es la union inseparable de las afec-

ciones mas vivas y ardientes con su consagracion legítima, y el ver como entonces la obligacion religiosa era una especie de elemento esencial de las expansiones y tiernos desahogos del corazon. Bajo este aspecto, como bajo otros muchos, Isabel ha sido una personificacion admirable y completa de su siglo. Si; porque este es aquel siglo en que san Luis guardaba inalterable á su esposa Margarita la ingeniosa y apasionada ternura de los años juveniles<sup>1</sup>; y ostentando el anillo que siempre llevaba puesto, y sobre el cual habia hecho grabar este mote: DIOS, FRANCIA Y MARGARITA, decia con simplicidad deliciosa: *Fuera de este anillo no hay amor para mí*. Este es aquel siglo, repito, en que Eduardo I de Inglaterra hacia construir y levantar aquellas quince cruces de piedra, cuyos restos pueden figurar entre las maravillas del arte cristiano, en cada uno de los puntos

<sup>1</sup> Joinville passim.—«El gran rey san Luis, tan «rígido con su carne como enamorado de su esposa, fue casi criticado por el exceso en estas caricias; aunque en rigor mas bien merecia ser loado por saber prescindir de su temple marcial y «valeroso para doblegarse á estas niñerías que exigen la conservacion del amor conyugal.» (*Vida devota de san Francisco de Sales, parte 3.ª, cap. 38*).

donde habia hecho alto el féretro de su esposa Eleonora durante la travesía de la ciudad donde habia muerto á Westminster. Pompa fúnebre á la verdad magnífica y tierna cual nunca hubo otra; pero correspondiente y digna de la mujer que veinte años antes habia ido en compañía de su esposo á participar de todos los peligros de la cruzada, chupaba con sus propios labios el veneno introducido en las venas de Eduardo por el hierro sarraceno, y de este modo exponia la vida para salvar la de su marido.

Pero lo verdaderamente notable y hasta ahora, que yo sepa, nunca apreciado en lo que vale, es que esta union de que hablamos se halla consagrada no menos por la ficcion que por la realidad, y que de ella dan evidente testimonio las creaciones de la fantasía, no menos que los mónumentos de la historia. Toda la poesía contemporánea de Isabel, ó anterior á su época, respira el mismo espíritu. Hasta mas adelante no se encuentran obras que traten de inspirar interés hácia un amor ilegítimo, ó no consagrado por la Iglesia <sup>1</sup>; pues antes

<sup>1</sup> *Tristan* es el primer poema grande de la edad media donde el interés gira sobre una pasion que

de estas tentativas, al hacer la historia de dos corazones, era de necesidad el matrimonio, ó cuando menos los desposorios, para autorizar á las almas católicas á recrearse con el relato de los poetas: el amor y el interés, léjos de terminar con el matrimonio, como sucede en las obras de la imaginacion moderna, parecia como que únicamente con él era cuando principiaban. La fidelidad conyugal es en cierto modo el eje y el nervio de toda esta poesia; y las escenas mas animadas y novelescas, las que se ven entre esposos. Todo lo cual no se entiende únicamente de las leyendas <sup>1</sup>, y poemas consagrados de una manera especial á los asuntos religiosos, puesto que las obras puramente caballerescas en la apariencia y profanas, llevan tambien impreso el sello de la consagracion del sentimiento por el deber. De la mujer, sí, pero de la mujer esposa fiel y piadosa, es de quien hacen la apoteosis los poetas caba-

la Religión condena. Hasta mediados del siglo XIII no se popularizó este libro, sobre todo en Alemania.

<sup>1</sup> Tales son, por ejemplo, la leyenda de san Alejo, que corre en alemán é italiano; tambien las de santa Notburga de Suabia, de santa Matilde, y los episodios de Faustiniano y Crescencia en el *Kaiser Chronik* publicado por Mr. Massmann.

llos en estos versos tan numerosos, donde casi la divinizan, y parece como que quieren hacerla entrar á la parte de la tierna veneracion reservada á María <sup>1</sup>. En nuestra literatura nacional, el púdico é interesante amor de Rolando y su prometida Auda en la novela de Roncesvalles; la admirable historia de las desventuras de Gerardo de Roussillon, tan generosamente compartidas por su esposa, bastarian para darnos una idea del partido que nuestros poetas han sabido sacar de este dato enteramente cristiano. En Alemania, patria adoptiva de nuestra Isabel, puede decirse que ha sido mucho mas fecundo y mejor gustado que en ninguna otra parte este modo cristiano de mirar el amor. El mas brillante y popular ejemplo de ello le tenemos en los *Nibelungen*, en *Sigifredo* y *Chriemhilde*, estos esposos modelo de candor, ingenuidad y abnegacion. Esta estrella del amor puro que ilumina las tradiciones históricas mas bellas del país, como

<sup>1</sup> Por ejemplo el poema de *Winsbeke*, en Schiller, *Thesaurus antiquit. Germann.*; los de Enrique *Frauenlob*, que debió su nombradía á sus bellos cantos en honor de las mujeres; muchos poemas manuscritos de Heidelberg, etc.

las de Enrique el Leon, Florencia, Genova de Brabante, el conde Ulrico, es tambien el foco luminoso de los grandes poemas de los ciclos caballerescos. Parseval se queda tan absorto á la vista de tres gotas de sangre sobre la nieve, imágen y recuerdo de la tez sonrosada y blanca de su esposa, que por contemplarlas desprecia la gloria y los combates. La esposa de Lohengrin, siempre que el esposo se ausenta, se desvanece y está desmayada hasta que aquel vuelve. En *Titurel*, cuando dos esposos fieles se reunen por la muerte, salen de su tumba dos hermosas vides que se entrelazan y sostienen una á otra. Símbolos nobles y dulces de aquellas santas afecciones que no daban á la tierra mas que encantadoras flores, pero cuyas raíces y frutos estaban en otra parte.

FIN DEL TOMO PRIMERO.